



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO LXIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12871

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 6 DE OCTUBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

Las subsistencias

¿Hay razón que abone que los precios de las subsistencias estén por las nubes?

Hasta ahora así lo hemos creído; pero un caso reciente ocurrido en León ha sembrado la duda en nuestro ánimo.

Es el caso, que el alcalde de dicha ciudad, dudando de que el precio de la carne fuese el justo, estudió la cuestión hasta quedar convencido de que los carniceros habían señalado á dicho artículo un precio abusivo, pues la vendían á 1'60 pesetas el kilogramo, con una ganancia excesiva.

Enterarse el alcalde y convocar á la alcaldía á todos los tabajeros de León fué cosa momentánea; y una vez que los tuvo reunidos, abordó la cuestión, no en son de súplica, sino dispuesto á que el abuso terminara, bien porque los tabajeros se dieran á partido, bien acudiendo á medios que están en la mano de las autoridades cuando los que venden se coaligan para forzar los precios.

El alcalde hizo ver á los reunidos la enorme diferencia que había entre los precios de las reses y el coste de las carnes para el servicio público; y aunque los datos que expuso fueron elocuentes no olgáron los carniceros la rebaja, pareciendo que la reunión terminaría sin llegar á un acuerdo, es decir, sin que el vecindario de León obtuviera ningún beneficio.

Mas no sucedió así. Cuando no se escucha la razón se atiende la amenaza; y amenazó el alcalde de León de tal manera á los tabajeros, que ante el peligro de que dicha autoridad demostrara palpablemente la verdad de sus cálculos, los mencionados industriales se dieron á partido.

Es lo que ellos dirían:—Todo

antes que consentir que el municipio nos ponga enfrente tablas reguladoras y se nos pruebe sin género de duda que el precio á que vendemos la carne no es el justo.

Ante la decisión del alcalde de establecer tablas reguladoras, ya no ofreció dificultades la rebaja de precios y tan propicios se mostraron los industriales, que aunque hacía un instante que habían demostrado con números que no era posible bajar un sólo céntimo, ofrecieron una baja de diez en cada libra, que son algo más de veinte en cada kilogramo.

El ejemplo que ha dado el alcalde leonés debieran imitarlo muchísimos alcaldes: todos los de España. Pero antes, y á fin de ir sobre seguro, sería conveniente que se proporcionaran los datos que les hicieran conocer la diferencia que hay entre los precios del mercado de reses y el que tiene las carnes en las tabajerías.

Y esto que decimos del precio de las carnes lo extendemos á todos los artículos de principal consumo, porque van encareciendo de tal modo, que se alejan á cada momento de las clases pobres.

Esto preocupa á todo el mundo. A los interesados por que son las inmediatas víctimas de la fabulosa elevación de precios. A los que no les toca de tan cerca, por los conflictos que pueden ocurrir.

A las autoridades toca prevenirlos por los medios que tengan á su alcance, que alguno les dará la ley para evitar que á favor de una injusta carestía se produzca el hambre.

El presidente del consejo se preocupa con la cuestión de subsistencias. El de Hacienda también se preocupa con lo mismo, pero el pan amenaza subir y la carne también.

Imiten al alcalde de León, de mostrando el movimiento andando, pues si así no lo hacen ¿qué

bienes nos vendrán con sus preocupaciones?

Los que nos han venido hasta el presente.

Ninguno.

TIJERETAZOS

«El Nacional» le ha tirado de la lengua al director de «El Gráfico» D. Julio Burell, que es, además de distinguido periodista, diputado conservador.

Y ha hecho su efecto la picardigueta, porque el director del periódico ilustrado—digamos Burell—ha dicho que su presencia en la reunión preparatoria de las mayorías no significa su aprobación de la política maurista.

Y ha dicho más: ha dicho que Maura no es el jefe de los conservadores, porque desde la retirada de Silvela dicho partido está sin jefe.

Todo eso es muy cierto. Lo sabe todo el mundo y el jefe del gobierno también; mas recordado por uno de la casa, debe haberlo hecho un efecto pésimo al señor presidente.

Hay verdades que parecen pedradas.

«El Gráfico», que parece hallarse dispuesto á pelearse con toda la familia, dice que Romero Robledo hace en la política española el papel que hacen las grandes piedras en medio de los ríos.

Pues cuidado con ello, D. Francisco. Piense que si las piedras grandes cortan las corrientes, éstas crecen en ocasiones con tal fuerza que no hay piedra que resista el empuje.

Por fortuna no es Romero jefe del Gabinete y no ha de intervenir en la cuestión social.

Saldríamos á conflicto por día

«La Correspondencia» está publicando unos artículos respecto al trato que se dá á los españoles en la Argelia.

Y resultan cosas como esta:

A ningún extranjero se le exige que presente cantidad ninguna cuando desembarca. Solo á los españoles se exige que lleven diez pesetas.

Y si alguno da margen á que se le retenga ocho días, se le echa con cajas destempladas.

Eso sí, los franceses nos distinguen mu-

cho y quieren estar con nosotros á partir un piñón.

Pero que no se olviden las diez pesetas y no se murmure de nada, porque sino se acabó la amistad.

Después de todo ¿qué derecho tienen los que han enriquecido con su trabajo la colonia?

¡Qué amigos tienen, Benito!

LO DE ALCALÁ DEL VALLE

SEGUNDO LLAMAMIENTO

A instancia del juez especial que instruye el sumario con motivo de los sucesos de Alcalá del Valle, se inserta la siguiente providencia publicada el día 26 de Septiembre en el «Boletín Oficial» de Sevilla:

PROVIDENCIA

«Don Felipe Pozzi y Gentón, juez especial nombrado por la Sala de gobierno de la Audiencia territorial de Sevilla, para conocer del sumario que se instruye con el fin de averiguar si han sido ó no objeto de malos tratamientos los individuos reducidos á prisión con motivo de los sucesos de Alcalá del Valle.

Hago saber: Que habiéndose publicado en la «Gaceta de Madrid» y en los «Boletines oficiales» de las provincias de Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Granada y Málaga, un edicto de 30 de Agosto último, llamando á todos los que pudieran aportar al sumario que yo instruyo, algún dato útil para el esclarecimiento de los hechos, he remitido ejemplares de los citados «Boletines» á todas las capitales de las demás provincias de España y á otras poblaciones importantes, y en que existen centros fabriles, rogando á los gobernadores y alcaldes respectivos que procurasen la inserción del referido edicto en la prensa local, sin que á pesar del tiempo transcurrido desde que tan formal y solemne llamamiento se hizo, nadie se haya presentado voluntariamente á prestar su honrado concurso á la acción franca, y como siempre reata, de la justicia, y con el fin de que nadie ignore este negativo resultado, y de que antes de terminar el proceso pueda todo el que quiera facilitar antecedentes y datos conducentes al esclarecimiento de los hechos, contribuyendo de este modo á que la luz de la verdad los ilumine, sin sombra ni mancha alguna, hago un segundo y último llamamiento á los hombres de conciencia honrada, para que, de palabra ó por escrito co-

munique á este Juzgado especial enauto sepan y los conste, sobre la efectividad de los tormentos que se dice han sido aplicados á los detenidos y presos por los sucesos ocurridos en Alcalá del Valle, el día 1.º de Agosto de 1903, rogando, del mismo modo que lo he hecho en el edicto anterior, á la Prensa española, se sirva publicar el presente en sus columnas para que llegare á conocimiento de todos.

Dado en la ciudad de Sevilla á 23 de Septiembre de 1904.—Felipe Pozzi.—Por mandato de su señoría el secretario de Sala actuario, Eduardo Callejo.»

COSAS DE LA GUERRA

Un distinguido periodista francés, llegado á París, después de haber permanecido en San Petersburgo tres meses, hace las siguientes interesantes manifestaciones:

«A San Petersburgo se puede ir á todo menos á buscar noticias de la guerra.

En Londres, en París, en Viena, en todas partes se sabe más de la guerra que allí. Hay que esperar los periódicos franceses ó ingleses para enterarse de lo que sucede en la Manchuria, y la mayoría de las veces, siempre que contienen noticias interesantes, los periódicos no llegan ó no se reparan.

La autocensura rusa cierra á piedra y todo las puertas de la capital del imperio á todas las noticias y á todas las informaciones que proceden del campo de la guerra.

¿Será por eso mayor la ansiedad que reina en San Petersburgo?—le preguntaron.

—No. En San Petersburgo no se habla ni poco ni mucho de la guerra; parece que no existe; todos los telegramas que publican los periódicos de París ó Londres, pintando la excitación que allí domina y la ansiedad que por todas partes se siente, son pura fantasía de los corresponsales que los transmiten.

Habo momentos en que llegué á creer que existen ruseos en San Petersburgo que ni siquiera se hablan enterado del hecho de la guerra.»

Y continúa el corresponsal:

—La verdad es que resulta una guerra imposible para los corresponsales de los periódicos. Ahí está el caso de M. Bennett Burleigh.

Es el más antiguo y el más glorioso de los corresponsales ingleses: asistió á la lucha

El indio la puerta á su cajero.

—¡Oh! si yo pudiera hablar.

Una vez solo Mr. de Valbonne, se propuso este problema:

—¿Por qué tord Ewil habrá reclamado su dinero?

—Los caminos de... están en baja de doscientos cuarenta francos sobre el precio de compra.

—Doscientos sesenta en la Bolsa de hoy, dijo el cajero.

—¡Como, han bajado aun veinte francos.

—Sí.

—¿Cuánto perdemos?

—Algo mas de trescientos mil francos.

La frente de M. de Valbonne se arrugó.

—Legrand, esta baja formidable no puede durar. Es preciso comprar.

—Pero señor, dijo el cajero, cuya voz temblaba títeramente, la guerra es inminente.

—No creo en la guerra antes de tres semanas.

—Sin embargo...

Mr. de Valbonne dió una patada y prosiguió:

—No, no lo creo.

—Señor, replicó el cajero con emoción, pienso que haríamos bien en detenernos. Si la guerra estalla, estamos perdidos.

Pero el carácter altanero y confiado en sí mismo de Mr. de Valbonne triunfó.

—Compre Vd., dijo.

—No; pero tiene una semejanza extraordinaria con...

—¿Con quién?

—Con aquel otro joven á quien hemos debido la vida, tu sabes, al volver de las carreras de la Mauhe.

—Pero aquel de quien hablas tenía un aire bastante común, mientras que ese está bien vestido; dijo M. de Valbonne.

Solo que no sabe montar á caballo.

Esta observación de su padre hizo hacer á Melania una mueca, pero no respondió nada.

—Calla, y á propósito, prosiguió M. de Valbonne que había vuelto evidentemente á ser invadido por serias reflexiones, de las que quería distraerse: ¿qué habrá sido de ese muchacho? Tu has querido hacer con el un curso de caballería femenina, impidiéndole aceptase una gratificación...

—¡Oh, papá! dijo Melania en tono de reproche.

Pero el banquero no penetró el sentido de esta exortación, y continuó:

—Le invitaste con mucha gracia á buscar tus cumplimientos, y no ha venido.

—No se habrá atrevido.

Y para cortar esta conversación, que la enfadaba